

México y China: las antípodas del desarrollo

Por Raúl DOMÍNGUEZ MARTÍNEZ*

1. Los indicadores de la prosperidad

LOS RESULTADOS DE LA POLÍTICA ECONÓMICA que se aplica en China son absolutamente impresionantes: una tasa media de crecimiento sostenido desde los años ochenta, con registros de 8%, que en las zonas económicas especiales de la región costera supera 10%, lo que convierte a esa nación asiática en la economía más dinámica del mundo contemporáneo. Genera por sí sola 2.5% de la riqueza mundial. Desde 2002 esa nación asiática se convirtió en el principal receptor de inversión extranjera global, incluso por encima de Estados Unidos. Invierte en actividades productivas alrededor de 40% de su PIB, con lo que se coloca en una de las vanguardias internacionales en cuanto a formación bruta de capital e inversión generada. La demanda local de artículos domésticos de bienes de alta tecnología presenta estándares superiores a los norteamericanos. Se trata de la sexta economía mundial por volumen, desplegada en un abanico de amplio espectro que abarca todos los rubros de producción, desde los bienes de capital con un muy elevado factor de valor agregado, hasta los bienes de consumo más simples, sometidos a cinco estándares de calidad que van de menos a más hasta alcanzar los máximos niveles de exigencia medida en parámetros internacionales. Maquilan para trasnacionales pero cuentan también con un programa integral de sustitución de importaciones, de tal manera que ya producen marcas propias: automóviles, computadoras etc., además de satélites espaciales, bombas atómicas etc. En el 2003 el volumen de operaciones en la balanza comercial superó los 400 mil millones de dólares. En el 2004 la remesa de artículos chinos al exterior superó en 35.7% al ejercicio anterior, y en julio del 2005 desplazó a Canadá en el mercado interno estadounidense. El superávit comercial en este último año ascendió a 102 mil millones de dólares, con una remesa bruta equivalente a 762 mil millones de dólares, siendo además el primer exportador de bienes tecnológicos. El crecimiento del PIB el año pasado fue de 9.9%.

* Investigador del Centro de Estudios sobre la Universidad de la Universidad Nacional Autónoma de México, e-mail <josedm@servidor.unam.mx>

A la opulencia y el esplendor urbano de las megalópolis tradicionales remodeladas a fondo (sólo en Shanghai pueden admirarse más de cuatro mil rascacielos de arquitectura fantástica) se suma la aparición de nuevos polos con perfil futurista como Nanhai o Foshan. La incorporación de tecnologías de punta a la vida cotidiana es evidente. El mercado doméstico y el turismo local se han disparado en magnitudes geométricas (por cierto, México se convirtió en fecha reciente en nueva opción de los destinos turísticos disponibles para ciudadanos chinos), y en fin, los signos de la prosperidad se muestran con prodigalidad en diversos lugares de ese inmenso territorio, y contra no pocos augurios en contra, evidencian una tendencia a la expansión. Ante semejante panorama el comportamiento de agencias transnacionales respecto del fenómeno chino resulta más que elocuente: la firma Goldman Sachs, por ejemplo, estima que para el año 2039 la magnitud de la economía china superará a la estadounidense. La Casa Christies de Nueva York programó una subasta de cuatrocientas cincuenta obras de arte en ese país, al considerar a China como mercado potencialmente preparado para participar en esa clase de comercio suntuario. Por su parte, la empresa de mensajería UPS, la más grande de su género en el mundo, se refirió a China como *top priority*, aumentando de dieciocho a veintiuno el número de vuelos semanales para el 2006. Son los efectos de la bonanza.

Por si fuera poco, en el 2005 tuvo lugar un acontecimiento desconocido en México: el aumento de cotización de la moneda local *renminbi* en relación con las divisas convertibles. Tal medida se verificó cuando la expansión de la economía china registró un *plus* en la primera mitad del año, alcanzando 9.5% por arriba de las estimaciones de propios y extraños, cotizando ahora 8.2 yuanes (como mejor se conoce esa moneda) por dólar.

México, con más de la mitad de sus habitantes sumidos en la pobreza, estaba promediando en las mismas fechas 2% de crecimiento del PIB durante el sexenio, con tasa de crecimiento demográfico de 1.4%, lo que significa un avance real ínfimo. El rastro de la riqueza no se oculta, como no se oculta el de la pobreza.

2. El lado oscuro del desarrollo

LA noción de “progreso” que prevalece en la actualidad en el discurso público, es herencia de la Ilustración. Tal concepto puso énfasis en el desarrollo técnico de las fuerzas productivas y dejó de lado el asunto fundamental de la distribución de la riqueza. Por eso se suele “olvidar”

que en la construcción del capitalismo clásico desempeñaron una función central infamias del tamaño del tráfico de esclavos patrocinado por Inglaterra, o el régimen de sobreexplotación de niños, mujeres y ancianos descrito magistralmente por Dickens, o el exterminio de la población autóctona en Norteamérica, o la exacción hasta el límite del agotamiento de recursos naturales y fuerza humana de trabajo en México y Perú etc. No es necesario buscar ejemplos para demostrar esta relación causal en cualquier caso: la abundancia históricamente se ha gestado a partir del despojo de bienes ajenos. China no es la excepción. La vía del “milagro chino” ha tenido que echar mano de mecanismos que de cierto se antojan contrarios a los que cabría esperar en una República Popular. Son el lado oscuro del desarrollo: la sobreexplotación de la fuerza humana de trabajo así como de los recursos naturales.

Existen estimaciones bien sustentadas en el sentido de que dentro de una década China será la primera emisora de gases de efecto invernadero en el mundo. El norte del territorio presenta tendencias a la desertificación a consecuencia de una explotación intensiva que ha llegado al grado del agotamiento, provocando además una ola expansiva que afecta a naciones fronterizas. La tala de bosques requirió de una drástica intervención estatal para frenar una tendencia que hubiese arrasado la reserva natural china en algo más de diez años. Es el segundo productor y consumidor mundial de fertilizantes, incluidos los tóxicos que en muchas otras naciones se encuentran proscritos. 80% de su producción eléctrica depende del carbón, recurso energético de bajo costo pero de considerable repercusión ambiental, determinando además la puesta en marcha de un programa basado en la energía nuclear, alternativa cancelada en otros lugares por un nivel considerado inadmisibles en el factor de riesgo.

Pero el ángulo más dramático lo representa la cuestión de la retribución al trabajo. La planta productiva china opera con una de las escalas de salario más bajas del mundo. En promedio oscila entre cincuenta y setenta dólares al mes, que es más o menos lo que gana un trabajador en Estados Unidos por diez horas de labor. A estos hechos se suman las graves anomalías en el régimen de derechos laborales; la desincorporación de empresas públicas (el número de empresas propiedad del Estado o controladas por él, bajó de 238 mil en 1998, a 150 mil en el 2003) suele verificarse por medio de una transferencia de beneficios, sin las responsabilidades que sí asumía la empresa estatal.

Como complemento a este cuadro de medidas feroces, hay que añadir una política demográfica que se sitúa por encima de los derechos humanos: un solo descendiente “permitido” a las familias urbanas,

y dos a las rurales en caso de que el primer hijo sea mujer. Esta brutal imposición (inevitable recordar aquella vieja película de ciencia ficción titulado *Soilen green*), además de afectar una prerrogativa elemental, ha dado lugar a determinadas deformaciones sociales, como el desequilibrio en la proporción natural de los géneros, a consecuencia del aborto selectivo de niñas, actualmente muy penalizado.

La experiencia china corrobora lo que la historia ha mostrado de forma fehaciente: que el esplendor al estilo capitalista suele apuntalarse con la infamia.

3. *Las odiosas comparaciones*

Al ex presidente Fox le incomodaba sobremanera la comparación entre los dos países: “los únicos que no me caen bien son aquellos que todo el día nos comparan desfavorablemente con los chinos o con las chinas”, afirmó en un discurso en Macuspana, el 18 de agosto del 2005. Tiene toda la razón. Las lacerantes realidades actuales que México padece y una perspectiva en la que se ve minimizada la posibilidad de un desarrollo satisfactorio para todos los mexicanos, invitan a concentrarnos en los éxitos futboleros de la subdivisión 17. Pero con el ánimo de analizar qué es lo que se está haciendo bien en un lado y mal en el otro, vale la pena sondear en cuestiones que nada tienen que ver con la predestinación, ni menos con la personalidad esencial, ni con cualquier otra sandez metafísica. ¿Son equiparables las condiciones de nuestras naciones antípodas? En muchos sentidos sí. No sólo se trata de dos naciones con un pasado espléndido sino, sobre todo, de dos naciones que por circunstancias históricas muy concretas se vieron sometidas a una relación colonialista que violentó las posibilidades de desarrollo autónomo, sometiéndose a una lógica ajena a la de sus propios intereses. Sus respectivas poblaciones son heterogéneas (China tiene cincuenta y seis grupos étnicos). Y ambas tenemos vecinos que en nada nos han favorecido. Por otro lado, ambas naciones poseen un territorio privilegiado en donde los recursos naturales son abundantes y variados, haciendo inaceptable una condición de pobreza. Pero, por encima de cualquier otra consideración, México y China cuentan con sociedades capaces de los mayores resultados en los campos intelectual, laboral y artístico.

De manera “natural” —si es que esta categoría se puede emplear en explicaciones históricas— ni México ni China tuvieron la posibilidad de acceder al capitalismo en la manera que lo hicieron los ingleses, los norteamericanos o los holandeses. En los casos chino y mexicano,

la incorporación al capitalismo se verificó en condiciones de subordinación e inhibiendo, en consecuencia, las posibilidades de un desarrollo propio satisfactorio y conveniente para nuestras respectivas sociedades. La participación en el “esplendor capitalista” se llevó a efecto en condiciones de absoluta desventaja, quedando al margen no sólo del beneficio sino sobre todo de la posibilidad de acceder a los niveles de desarrollo metropolitano desde una posición periférica. Ante esta realidad contundente, y al margen de convalidar esa particular acepción de progreso, hay que tener muy presente que la consecución de los estándares de bienestar y de consumo implícitos en el capitalismo por antonomasia puede lograrse en nuestro caso “exclusivamente” por medio de un proceso “inducido”. En efecto, sin la intervención deliberada en el acontecer económico, sin la racionalización de esta actividad, sin el recurso de la “planificación”, el devenir de las economías periféricas no hace sino reproducir las condiciones implícitas en una posición subordinada que asimismo definen el esquema de división internacional del trabajo. Eso es lo que está haciendo China y eso es lo que está dejando de hacer México.

4. *¿Será que el Estado mexicano no tiene claro el rumbo?*

DURANTE una conferencia, dictada en octubre del 2005 en la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México, la entonces senadora Dulce María Sauri Riancho, presidenta de la Comisión de Relaciones Exteriores Asia-Pacífico de la Cámara de Senadores, hizo los siguientes señalamientos: “Ante el avance de China en todos los rubros, lo que contribuirá a definir el perfil del mundo en el siglo XXI, el reto para México y sus instituciones es desarrollar y consolidar en lo general una visión de largo plazo en sus relaciones con Asia-Pacífico, y en particular con esa nación”. Más adelante aseguró que “China significa también una oportunidad para nuestro país, por la alta competitividad de su economía, debido al potencial de su mercado, ante el cual la República puede revalorar y repensar su propio modelo de desarrollo”. Explicó que las regiones de Asia-Pacífico y América Latina son similares porque se trata de naciones con pasado colonial, que fueron proveedoras de materias primas para las grandes metrópolis europeas y que iniciaron sus etapas de desarrollo moderno entre el fin de las dos guerras mundiales. Además, ambas evolucionaron hacia la consolidación de sistemas políticos estables a principios de 1990, al dejar de lado dictaduras militares o regímenes *de facto*. Es

decir, se trata de zonas que en la segunda mitad del siglo xx avanzaron por carriles paralelos.

En cuanto a las diferencias, apuntó la ex senadora, Latinoamérica puso en marcha una agenda de cambio económico que le fue impuesta, lo que generó un serio déficit de desarrollo social como parte de su democratización y de su inserción en la globalización. “Por el contrario, los países de Asia-Pacífico mantuvieron una agenda propia al desafiar la ortodoxia de los organismos financieros mundiales, y hoy es la región de mayor crecimiento económico en el orbe”, reveló. Refirió que las diferencias en los resultados entre ambos modelos de desarrollo “radican, esencialmente, en la distinta conceptualización del papel del Estado en el crecimiento nacional. Mientras América Latina redujo o eliminó este modelo, las naciones asiáticas lo conservaron y fortalecieron, y hoy se pueden valorar los resultados”. Reconvertir su sistema le ha llevado a China veinticuatro años y no ha terminado. Por ello, quienes quieren que México tenga cambios estructurales y que en poco tiempo se vean efectos positivos, ignoran lo que sucede en el país asiático, porque son procesos acumulativos, “lo importante es tener claro el rumbo”, concluyó.

Los planteamientos de la señora Sauri son irrefutables. Tocan un aspecto esencial para la correcta comprensión de la diferencia entre lo que China construye y lo que construye México: el de la necesaria intervención del Estado en la gestión de las condiciones para el desarrollo. Sin embargo, la ex senadora—quien milita y ha sido dirigente de un partido con más de setenta años de usufructuar el poder—deja de lado en su exposición la causa de fondo para explicar por qué en un caso sí y en otro no, la acción del Estado se aplica en tal sentido, haciendo parecer el problema medular como una simple circunstancia “técnica”. Un problema de “conceptualización del papel del Estado”, dice ella.

5. Las sobras del banquete

CUANDO la ausencia de resultados en la gestión del desarrollo se atribuye a una cuestión “técnica”, no sólo se está corriendo una cortina de humo sobre las verdaderas causas del fracaso, lo que de manera simultánea actúa como justificación, sino que además se está cancelando la posibilidad de corregir de raíz la falla. De esa forma se soslaya una evidencia que el análisis histórico pone de relieve: que el comportamiento del gobierno mexicano—el del cambio, el de antes del cambio, el de Porfirio Díaz y el del virrey don Antonio de Mendoza—ha

procurado el bienestar del pueblo con la misma lógica con la que se reparten entre los menesterosos las sobras del banquete. Lo cual no es una falla “técnica”.

Pero tampoco desde un determinado punto de vista “técnico” las explicaciones alcanzan. La tesis de la escasez de recursos para generar condiciones de desarrollo se ve opacada frente a determinados hechos que, con visión crítica, no sólo se descartan como excepciones a la regla, sino que desvelan una realidad de escándalo. Van algunos ejemplos entre muchos que se podrían emplear: el gasto con cargo al erario público, autorizado por el IFE para las elecciones federales del 2006, asciende a 13 mil millones de pesos, equivalentes a poco más de la mitad del presupuesto total asignado en 2005 a la Secretaría de Desarrollo Social. Por su lado, Petróleos Mexicanos generó flujos de efectivo por más de 182 mil millones de dólares en el sexenio de Vicente Fox, de los cuales aportó a la hacienda pública vía impuestos, derechos y aprovechamientos, 64.2% del total, cifra con la que se pudo haber cubierto por completo el saldo de la deuda externa y aún conservar un sustancioso excedente. La crisis financiera ha costado a México 400% más que los 33 mil millones de dólares que el Estado obtuvo por todas las privatizaciones de empresas públicas durante la década de los noventa. Sólo durante el primer trimestre del 2003 el Instituto para la Protección al Ahorro Bancario (IPAB) pagó intereses de su deuda por la cantidad de 12 068 millones de pesos, monto cuarenta veces superior a lo que el gobierno destinó ese mismo año a las familias pobres a través del programa oficial “Paquete alcance”. Las utilidades del sistema bancario aumentaron más de 87% en los primeros nueve meses del 2006. Los dineros que se han entregado a satisfacción de los agiotistas internacionales por concepto de pago de intereses y comisiones de deuda externa, sumaron casi 21 mil millones de dólares a fines del 2006. Este descomunal mecanismo de transferencia, ha significado el reenvío durante el 2004 de más de 70% del total de divisas remitidas al país por los trabajadores mexicanos que laboran en Estados Unidos. Además, cada ciudadano “debe” por concepto de deuda neta total del sector público más de 30 mil pesos, lo que representa aproximadamente 40% del PIB, de tal manera que de cada peso que se genera cuarenta centavos se encuentran comprometidos.

Los datos y los ejemplos sobre el manejo de los dineros son abundantes y muy reveladores respecto al orden de prioridades que prevalece en México. Y desde luego la cuestión adquiere su exacta y dramática dimensión cuando tales datos se correlacionan con la estructura distributiva, que constituye el indicador irrefutable sobre el valor y el

sentido de lo que se hace en este país. En esta óptica, todas las “dificultades” para entender y explicar el sistemático fracaso de la política económica en México se iluminan.

6. México pierde la carrera

MIENTRAS tanto, México sigue perdiendo la carrera. Desde el año 2003 China desplazó a México como segundo socio comercial de Estados Unidos. Ese mismo año, nuestro país colocó mercancías en China por 509 millones de dólares, pero importó productos por 9 mil 400 millones, lo que evidencia una desproporción bastante fuerte. La onda expansiva del desarrollo chino no nos afecta únicamente en el sector externo; “ya viene China y en México no hay dinero para reconvertir a tiempo a 80% de las pequeñas y medianas empresas formalmente establecidas, que suman 600 mil, para que puedan competir favorablemente en los mercados”, advirtió el 23 de mayo del 2005 en la ciudad de Torreón, Mario Laborín, director general de Nacional Financiera. Respecto de la captación de inversión extranjera, México se desplomó del tercer lugar mundial en el 2003, a la posición número veintidós, según el *Índice de confianza sobre la inversión extranjera*, elaborado por la consultoría A. T. Kearny, empresa que adjudicó ese comportamiento a la ausencia de reformas estructurales y a la agresividad de economías emergentes, como la china. Vaya, hasta en el elemento distintivo de nuestra cocina nos están ganando la partida, pues según señaló el presidente del Consejo Nacional de Productores de Chile, 35% de ese producto se importa actualmente de India y China.

Pero lo que realmente importa no es la competencia con China, respecto de la cual tenemos una tasa de crecimiento anual promedio ocho veces inferior. Lo que importa son las consecuencias internas del estancamiento. “Si la evolución de la economía sigue así —aseguró el 24 de mayo del 2005 en París, Nick Vanston, jefe de estudios económicos de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE)—, llevaría a México dos centurias ponerse a la par, en términos de bienestar, de las otras naciones de la organización”. Por su parte, José Ángel Gurría, el flamante secretario general de la OCDE, en su participación en la Convención Nacional de la American Chamber of Commerce, realizada en México en noviembre del 2005, estimó que el avance de la economía mexicana resulta “insuficiente para generar los empleos que requiere y para combatir la pobreza”. En efecto, lo que importa es que México no cuenta con una opción de desarrollo.

Ésa es una deuda que cumple más de quinientos años y que afecta a la gran mayoría de la población. Julio Boltvinik, investigador experto en estos temas, calcula en 85 millones la cifra de pobres que hay en México. Ésa es la carrera que estamos perdiendo.

7. La llave del éxito en China

CUANDO una nación como China, con más de mil millones de habitantes, 26% de la PEA mundial bajo su responsabilidad, sumida en la insolencia económica, con un pesadísimo pasado colonial y calada por una herencia mandarina de corte feudal, logra semejantes progresos en el tiempo en que los logra, la pregunta es obligada: ¿qué ha pasado con México?, ¿acaso los mexicanos somos incapaces?, ¿será que la burguesía doméstica tiene taras que le impiden una visión de mayor alcance?, ¿habría que organizar cursos en la Universidad Nacional Autónoma de México para que nuestros gobernantes entiendan la realidad propia?, ¿resulta inevitable el sometimiento a los gringos?

En diversos sentidos la experiencia reciente de las dos naciones en materia de política económica ha sido similar: ambas introdujeron cambios de fondo cuando sus respectivos “modelos de desarrollo” ya no dieron de sí. Incluso China partió de condiciones menos favorables dado que al comenzar la década de los cincuenta se hallaba en situación de bancarrota, y todavía después hubo de enfrentar el fracaso de las primeras tentativas de impulso económico con el plan llamado “Gran salto hacia adelante”. Las grandes transformaciones que condujeron a China a esta situación de prosperidad se iniciaron en 1978 bajo la dirección de Deng Xiaoping, mientras en México se optaba por talar el territorio para sacar petróleo y alistarse en “administrar la abundancia”. Acto seguido vino la apertura. China se preparó con una estrategia acondicionando cinco zonas económicas especiales para atraer inversionistas, de acuerdo con un plan maestro y con objetivos bien definidos; diez años más tarde, los chinos contaban ya con quince zonas de libre comercio, cuarenta y siete de desarrollo económico y tecnológico y cincuenta y tres de nuevas tecnologías. Después, en 1998, el gobierno de Zhu Rongji comenzó a aplicar un programa de privatización de empresas estatales. México también procedió a la desincorporación de paraestatales, pero en vez de diseñar un plan, dejó que “las invisibles manos del mercado” actuaran por sí solas firmando con sus leales amigos el Tratado de Libre Comercio.

Así, la diferencia esencial, el *quid* que explica ese contraste entre lo logrado en uno y otro lugar, ha sido la “planificación”. Este instru-

mento sirve para medir de forma verosímil el contenido de voluntad y de capacidad que se manifiestan en el discurso. Sobre este principalísimo punto cabe recordar el ilustrativo texto de José Luis Ceceña Cervantes escrito hace un cuarto de siglo, *La planificación económica nacional en los países atrasados de orientación capitalista*, el cual demostró que en nuestro país lo que mal hemos denominado “planificación”, ha sido invariablemente una falacia. Las cosas no han cambiado en la actualidad. Continuamos sin una definición clara y concreta de metas a mediano y largo plazo y con las acciones que le son consecuentes; no contamos más que con una serie de planes de carácter inductivo, a la manera de la doctrina social de la Iglesia, sujetos a la buena voluntad de los fieles y desde luego con los mismos resultados; no existen bases ni se han creado condiciones para revertir los mecanismos estructurales de la dependencia; no hay una coordinación general que dé coherencia al funcionamiento de las partes constitutivas de la planta productiva; no se presta atención al desarrollo de bienes de capital. En fin, parecería que nuestra economía marcha al garete, a no ser porque si se analiza ese comportamiento a partir de la crítica histórica, se desvela una lógica que le da perfecto sentido: el de la rentabilidad privada.

8. *Las explicaciones de la historia*

AUN cuando ciertamente el estudio de la historia no resulta un negocio atractivo para las universidades privadas del país, ni para algunas públicas como la Universidad Autónoma de Nuevo León, sirve sin embargo para conocer y entender el comportamiento de la sociedad. Realizado con rigor científico, el estudio de la historia brinda explicaciones sobre asuntos que desde luego nos conciernen y cuyo conocimiento y cabal comprensión constituyen el punto de partida indispensable para acometer una acción deliberada.

Asuntos de importancia nodal como el de la posición subordinada de México en el concierto internacional, el atraso relativo que nos caracteriza, el subdesarrollo y la desigualdad, el fenómeno de la dependencia, la alarmante proyección hacia el futuro y otros que de manera negativa definen nuestra realidad, obedecen a una razón histórica y, por consiguiente, tienen una explicación.

El Estado en México nunca ha resuelto tales problemas porque su radio de acción está configurado para atender otros objetivos que le son prioritarios y respecto de los cuales ha funcionado con palpable eficiencia. Asimismo, su potencial real en cuanto al ejercicio del poder

se halla acotado y supeditado a una red de intereses que lo determinan en una dinámica exógena. El Estado mexicano cuenta con una cuota de poder de tipo fiduciario puesta al servicio principalmente de intereses que se encuentran fuera de su propio campo y que, desde luego, no representan los de las mayorías. Esta realidad histórica, que alguno de los políticos profesionales intentaría refutar por medio de sofismas, es la que le da sentido explicativo al reiterado fracaso en la realización del progreso y del bienestar del grueso de la población mexicana. No es ésa su meta más cara. Se antepone a ello —se ha antepuesto siempre— la urgencia de garantizar condiciones para el privilegio de una porción minoritaria de la sociedad. Esta porción minoritaria exige garantías operativas para la obtención de una cuota de ganancia en las condiciones más ventajosas y en los plazos más perentorios. Ésa es la función que cumple por encima de todas las demás y en esto los gobernantes en turno no han cometido errores “técnicos”. ¿No tenemos acaso a varios compatriotas que han engrosado la lista *Forbes*?

La fórmula fue patentada desde la consolidación del régimen carrancista por uno de los artífices más connotados del sistema, el ingeniero Alberto J. Pani, quien expresó la “necesidad” y la “conveniencia” de asegurar condiciones para la inversión productiva de la iniciativa privada, bajo el supuesto de que la generación de riqueza tendría repercusión favorable en la promoción social. Ésa sería la misión del poder público en cuanto a política económica. El planteamiento, desde luego, no fue producto del talento creativo de Pani sino la expresión de una determinada correlación de fuerzas resultante del proceso revolucionario. A partir de entonces, el Estado se encuentra comprometido con esa causa y a ella subordina cualquier otra alternativa.

Las supuestas “bondades” del sistema evidenciaron un carácter limitante y coyuntural. Pero lo que es más grave, fomentaron la polarización. En efecto, la estructura del ingreso en nuestro país nos muestra una geometría monstruosa: 1% de la población acapara 30% de la riqueza generada. Las razones de semejante comportamiento alcanzan también explicación histórica. La generación y apropiación de riqueza en manos minoritarias no se traduce —en las circunstancias muy concretas que prevalecen en México— en un beneficio colectivo. Más aún: no *puede* traducirse en un beneficio colectivo porque las circunstancias que aseguran la cuota de ganancia para la inversión productiva se encuentran definidas por las realidades de la dependencia y el subdesarrollo, y es en ellas en donde adquieren viabilidad y funcionalidad. Revertir estas circunstancias para dar cauce al beneficio colectivo supondría una organización de la producción que, de entrada, afectaría

justamente ese marco de garantía. En primer lugar, el “progreso”, en manos de quienes sí lo disfrutaron en México, tiene estándares comparables o incluso superiores a los de cualquier otra parte del mundo. En segundo lugar, la cuota de sacrificio implícita en un ejercicio de planificación —al distraer recursos, alterar ritmos, establecer mecanismos coercitivos y admitir un margen de riesgo— no es admisible para quienes cuentan con dichas “garantías”.

Hay que decirlo con toda claridad: la realización de las acciones efectivas implícitas en un ejercicio de planificación no se puede gestar en México de forma “espontánea”, ni se gesta por la intervención de un poder que se encuentra supeditado y comprometido estructuralmente con otras causas. No se trata, por lo tanto, de un problema “técnico”; se trata de un problema político. El mérito de lo que China está logrando se debe al régimen de Deng desde el punto de vista técnico, pero la base y la viabilidad se deben al de Mao.

9. La variable científico-tecnológica

CUALQUIER ejercicio serio de planificación debe tener como estrategia total el desarrollo de la ciencia y la tecnología. Las condiciones que imperan en el mundo actual obligan a dar atención prioritaria a este asunto bajo amenaza de reproducir *ad perpetuam* la dinámica del subdesarrollo y de la dependencia. Esta variable adquiere tal importancia que sin ella quedan canceladas las posibilidades de incorporarnos al progreso. Y lamentablemente México presenta en este campo un panorama desolador.

De nueva cuenta, aquí estamos frente a un problema que no es “técnico”, sino político. La explicación —otra vez el aporte de la historia— radica en que la incorporación tardía y subordinada de México al sistema capitalista se produjo en ausencia de los estímulos estructurales que impulsan el desarrollo de ciencia y tecnología, restringiendo este desarrollo a ciertos espacios necesarios como “lubricante” del engranaje, y a lo que buenamente logran realizar las instituciones académicas. La diferencia fundamental respecto de las economías más desarrolladas radica en que para ellas el gasto en el fomento de ciencia y tecnología viene a ser una inversión de alto rendimiento, mientras que en economías atrasadas como la mexicana, el gasto es oneroso y no resulta rentable a corto plazo. No es negocio, pues.

Los pronunciamientos en este sentido, por parte de la comunidad académica y de otros actores sociales, han sido infatigables. “Miopía absoluta” es el término empleado, por ejemplo, por el doctor René

Drucker, coordinador de la Investigación Científica de la Universidad Nacional Autónoma de México, para calificar el comportamiento del gobierno federal en relación con la inversión en ciencia. Recién electo rector general de la Universidad Autónoma Metropolitana, René Drucker declaró el 30 de noviembre del 2005, en entrevista al diario *La Jornada*, que “un país que no invierte en ciencia y tecnología es una nación que no le apuesta a su propio futuro”. El 27 de septiembre del 2004, en una iniciativa que da fe del consenso en tomo a este reclamo, fue entregado a los líderes del Congreso de la Unión un documento suscrito por cuatro mil cuatrocientos veintiún investigadores de instituciones nacionales y extranjeras en el que se advierte que si el apoyo a la educación, la capacitación y la ciencia no se convierte ya en un proyecto prioritario para México, se avarará “desde ahora, una historia de pobreza, inequidad y subdesarrollo”.

México invierte apenas 0.38% de su PIB en fomento a ciencia y tecnología (28 mil millones de pesos del sector público y 9 mil millones del privado). Las recomendaciones de los organismos internacionales a los que nuestro gobierno consulta, como la OCDE, aconsejan un gasto no menor de 1.5%; las “intenciones” del gobierno foxista, expresadas en la reforma al artículo 9 bis de la Ley de Ciencia y Tecnología, se refieren a una inversión no menor al 1% (disposición de la que se hace caso omiso). En 2004 China invierte en este concepto 1.35% del PIB. “Ante los cuantiosos recursos —son palabras del presidente de la Academia Mexicana de Ciencias, doctor Octavio Paredes, pronunciadas en mayo del 2005— que el país eroga en los rescates bancario, carretero y otros, no es fácil aceptar que no se puedan asignar mejores apoyos para la actividad que crea riqueza para la sociedad”.

Además, si se pretende que la ciencia y la tecnología se constituyan en pivote del desarrollo económico, es preciso que se construyan articulaciones funcionales con el aparato productivo. Se trata de estructurar, a través de dispositivos efectivos, formas de acción que de otra manera se encuentran vedadas para una economía como la mexicana. En China esto se lleva a cabo por disposición de ley. Ocupan el tercer lugar mundial en inversión en investigación y desarrollo, superados sólo por Estados Unidos y Japón. La Academia China de Ciencias se encuentra comprometida a efectuar contribuciones para un proyecto nacional de industrialización de alta tecnología. Cuenta con el Programa de Innovación del Conocimiento (KIP, por sus siglas en inglés), puesto en marcha desde 1998, para atender a nivel república y a nivel de gobiernos locales los requerimientos de un sistema nacional de innovación. A este programa se le dio celeridad a partir del año 2000

para la transformación de instituciones de desarrollo tecnológico en empresas de negocios. Las áreas que atiende están divididas en investigación básica; ciencias de la vida y biotecnología; desarrollo de alta tecnología; y recursos naturales y ciencias y tecnología ambientales. En el año 2003 lograron registrar tres mil doscientos sesenta y tres patentes. Veintiséis mil científicos e ingenieros se dedican de tiempo completo a la investigación en este organismo, cifra que apenas es una parte reducida de los profesionales dedicados a investigación y desarrollo, calculados en novecientos veinte mil durante el 2004, lo que coloca a China como la segunda posición mundial, sólo después de Estados Unidos (en México el Sistema Nacional de Investigadores contaba en el 2004 con una membresía de poco menos de once mil, lo que incluye a todas las instituciones y a todas las áreas). De acuerdo con la OCDE, el gasto chino en desarrollo científico y tecnológico creció un promedio de 16.2% anual entre 1991 y 2002, mientras el viceministro de Ciencia, señor Cheng Jinpei, anunció la intención de duplicar la proporción del gasto en diez años. “China está desafiando la supremacía de Estados Unidos, Japón y Europa”, según apreciación de la UNESCO en su *Informe sobre la Ciencia 2005*.

La negligencia y la falta de atención en este campo estratégico suponen para México consecuencias fatales en el mediano y el largo plazo. Por si fuese poco, en lo inmediato están acusando un efecto devastador en lo que respecta a la competitividad, la soberanía y la pérdida y desaprovechamiento de los escasos pero muy preciados logros que buenamente alcanzan las también muy escasas unidades académicas que se dedican al quehacer científico, dado que por la fuga de cerebros, “estamos maquilando inteligencia para los países desarrollados”. La dependencia tecnológica asciende a 400 mil millones de pesos, según estimaciones de Julio César Córdova Martínez, presidente de la Comisión de Ciencia y Tecnología de la Cámara de Diputados. En semejantes condiciones, estamos asegurando el rezago y la dependencia, en brutal contraste con lo que están haciendo los chinos... con las disculpas del señor Fox.

10. A manera de conclusión

MÉXICO no debe imitar el modelo chino. No puede imitarlo. Menos echar mano de las estrategias chinas que no serían compatibles con las aspiraciones de bienestar individual a las que aspira cada mexicano. Pero sin duda alguna debe planificar y racionalizar su economía. Y debe dar atención prioritaria y urgente al desarrollo de ciencia y tecno-

logía propias. Tales metas deben alcanzarse por medio de una organización y de una movilización ciudadana, obligando al Estado a asumirlas como compromiso permanente, integrado a la actividad oficial en forma de práctica regular, y asegurar esto por mandato de ley. Si la planificación y racionalización de la economía no se logra, las posibilidades de bienestar para la mayoría de los mexicanos permanecerán canceladas.